

PANORAMA

7

GOETHE Y LA EDUCACION

*Que cada uno barra frente
a su puerta. Y toda la ciudad
estará limpia.*

GOETHE.

NO existe la costumbre de considerar a Goethe desde el ángulo un poco estrecho de la pedagogía, y, más bien, se halla uno dispuesto a no ver en él sino un espíritu olímpico que se ha complacido en las más altas especulaciones científicas—como su teoría de los colores, o la metamorfosis de las plantas—y en las creaciones poéticas más alejadas de las formas tradicionales—como el *Fausto*, su obra “incomensurable”. Sorprende que aun críticos alemanes hayan juzgado estéril toda investigación sobre Goethe educador. Y si cierto crítico francés llegó a dedicarle un breve ensayo sobre el particular, fue solamente para escandalizarse de sus concepciones pedagógicas y encontrar en ellas el signo de la senectud.

(1) No es posible, sin embargo, tratar esta cuestión de un modo tan sumario, pues, en ninguna época de su vida, se mostró Goethe indiferente respecto al problema de la educación.

* * *

Ciertamente, Goethe no fue nunca un practicante de la pedagogía (y, sin embargo, habría que hacer salvedades sobre el particular, ya que tuvo por lo menos un alumno, Fritz von Stein). Pero, como todos los que ven, en la práctica del arte y en ejercicio del pensamiento, una función social, un medio de servir y de impulsar a la humanidad, Goethe no se desentendió jamás de

(1) Diccionario de Pedagogía: art. Goethe, por Guillaume.

P o r P . A U R I A C

la formación intelectual y moral del hombre. Tiene, pues, derecho a figurar en la misma línea de grandes educadores que va de Platón a Kant, pasando por Rabelais, Montaigne y Rousseau.

*La vocación pedagógica de Goethe se revela
en su vida y en sus obras*

Desde muy joven, en su época de estudiante en Leipzig, se esforzaba, en sus cartas, por dirigir los estudios de su hermana Cornelia, y, aun antes, había deseado ya tomar a su cargo la educación de un hermano suyo muerto en la adolescencia. Más tarde, se interesó por los hijos de Herder y, en Weimar, tuvo a un hijo de Mme. de Stein, como alumno predilecto. “Aquí abajo—hace decir a Werther— son los niños quienes más próximos se hallan a mi corazón!” Como director del teatro de Weimar, su preocupación no fue tanto divertir y entretener al público, cuanto educarlo y formarlo, cosa que precisamente explica sus resonantes fracasos. Y cuando llega a Ministro de Instrucción Pública, da pruebas de no permanecer ajeno al problema de la formación de la juventud y de la elección de sus profesores. (2)

Sus mismas obras abundan en notas sobre la educación. Podemos afirmar que sus dos libros principales, el *Fausto* y *Wilhelm Meister*, son, si bien por conceptos diferentes, dos obras sobre educación, dos *Bildungsbucher*. Hubo siempre en Goethe un eterno estudiante, un incansable deseo

(2) Desechó, por ejemplo, a Schelling, en cuya libertad de espíritu no tenía confianza.

de instruirse y de educar a los otros. Por lo demás, tal tendencia es esencialmente alemana. Schiller, Herder, Lessing, Kant, Fichte, Humboldt... todos estos escritores vivieron preocupados por el problema de la educación. Y, preciso es reconocerlo, el movimiento nacional-socialista, en gran parte, es una revolución pedagógica: de ahí su fuerza y su peligro.

* * *

No son del todo originales las teorías de Goethe sobre educación: mucho debe a su tiempo y particularmente a Rousseau, de quien llega a decir que el *Emilio* es el evangelio de los maestros. Pero Goethe se distingue de este antecesor suyo por la manera personalísima de aplicar las ideas que de él tomó.

Muéstrase Goethe muy decidido partidario de la "educación natural y liberal". Es necesario permitir que se desarrolle libremente la naturaleza de cada niño, en vez de sujetarla a concepciones apegadas a nuestros intereses y a nuestras necesidades de adultos. "Haríamos mal, dice en *Hermann y Dorotea*, en formar a nuestros hijos conforme a nuestras ideas". Y esta idea del derecho del individuo para desarrollarse siguiendo la ley de su naturaleza, ya Goethe habíala expuesto tiempo antes: en *Goetz*, y en el *Werther*. Así, pues, condenaba Goethe esa educación tradicionalista que se practicaba en el seno de las familias y en la mayoría de las instituciones de enseñanza (educación nimia, autoritaria y que por toda suerte de medios, ponía obstáculos al desarrollo espontáneo de la actividad del niño). "Nada más torpe ni más bárbaro, dice Goethe en las *Afinidades Electivas*, así se trate de la educación o de la política, que las leyes y ordenanzas prohibitivas". (3)

Reprueba Goethe todos los preceptos negativos, en particular los diez mandamientos de la moral religiosa. "No matarás" —como si, en general, dice, el niño pensase en matar a sus semejantes. Mejor sería orientar, que no restringir, esta actividad, valiéndose de consejos positivos: "ten solicitud por la vida de tu prójimo"; "aleja de él cuanto pueda dañarle"; "sálvalo aun a riesgo de tu propia vida".

Se ve así que Goethe recomienda, como Rousseau, el respeto a la individualidad infantil y, consecuentemente, el conocimiento previo de los niños. Dotado —aún más que Rousseau— del sentido de la diversidad infinita de los seres, se rebela contra la tendencia que buscando una mayor felicidad, intenta fundir las individualidades todas en un mismo molde. (*Gleichmacherei*.) "Mi único propósito —dice Goethe, hablando de su

(3) *Las afinidades electivas*, P. 219, Charpentier, París, 1834. V. también *Poesía y Verdad*, p. 113, Charpentier, París, 1844. "Para educar bien a la juventud, los adultos deben cuidarse de prohibirle las cosas que le gustan, cualesquiera que sean". V. *Conversaciones con Eckermann*: "Todo, entre nosotros, no hace más que estorbar la originalidad de nuestra querida juventud". 4ª edición, III, p. 172.

hijo— es no cultivar en él sino lo que realmente esté en él". (4) "El ideal —dice en otra parte, y descúbrese en esta frase uno de los principios de su concepción del mundo— es que cada individuo se realice a sí mismo". He aquí por qué quiere Goethe que se luche contra el natural gusto de los niños por la moda, por la uniformidad, (5) contra esa tendencia de imitación que superpone una personalidad ficticia a la personalidad real.

Mas este ideal de una educación respetuosa de cada naturaleza infantil, ideal común a Goethe y a Rousseau y, a decir verdad, a la mayor parte de los educadores modernos, manifiéstase en Goethe en forma original. Tratándose de Rousseau, no se sabe bien si este filósofo sigue o no apegado al sensualismo de Condillac, es decir, si todavía concibe el alma del niño como una "tabla rasa" en que la experiencia cotidiana va inscribiendo poco a poco ideas, tendencias, sentimientos. Y hasta se diría que Emilio, más que un niño, es *el niño* y que Rousseau no trata de convertirlo en miembro de una sociedad determinada, sino en un hombre apto para adaptarse a una sociedad cualquiera. Para Goethe, por el contrario, la educación, más que ser una creación, implica un desenvolvimiento. Es que fue Goethe un evolucionista "avant la lettre", y presintió la gran ley del paralelismo psico-social, conforme al cual el niño va siendo empujado por la naturaleza a repasar todas las etapas de la civilización y del desarrollo mental de la especie. El papel de la educación consiste, consecuentemente, en transformar las disposiciones innatas en talentos efectivos. "No es posible sacar del hombre sino lo que ya lleva dentro" —leemos en *Hermann y Dorotea*—; "los niños bien nacidos y sanos traen mucho consigo, nuestro deber consiste en cultivar esos dones". (6)

Se ve, pues, que Goethe participa del mismo optimismo de Rousseau y de todo el siglo XVIII. La naturaleza humana es buena en el fondo. "El hombre hace lo que es bueno y razonable, con tal de que no le falte la posibilidad", (7) y en educación, los fracasos son debidos, no a la naturaleza del niño, sino a una técnica insuficiente del educador. Sólo que Goethe, como Rousseau —hay que notarlo bien— no llega a conceder su confianza sino a la naturaleza normal, lo que viene a invalidar ciertas objeciones demasiado fáciles.

La educación, según Goethe y también según Rousseau, presenta un segundo aspecto. Debe ser negativa y requiere consejeros, no maestros. Pero, conforme a Goethe, no se trata simplemente de apartar del niño lo que puede constituir un

(4) *Carta de Knebel*. Edición de Weimar, capítulo XIV, p. 187.

(5) *V. Años de Viaje*. Al contrario, en las *Afinidades electivas*, p. 225, preconizaba el uso del uniforme.

(6) *Años de Viaje*, p. 187. Charpentier. Traducción de Th. Gautier, hijo.

(7) *Las afinidades electivas*, n. 219.

obstáculo a su mismo desarrollo. Goethe va en este punto más lejos que Rousseau, aunque éste no haya preconizado, como frecuentemente se afirma, la abstención total respecto del niño y que, por el contrario, haya previsto casos en que hállese indicada la acción indirecta del educador. (8) Estima Goethe que el alumno debe someterse a reglas estrictas. Sin tal sumisión, el alumno extravía el camino y pierde su tiempo. (Se sabe ya a este respecto cómo Rousseau saca partido del arte de perder el tiempo y llega a hacer de él un principio de educación.) (9)

No se muestra aquí Goethe infiel al principio general de respeto a la libertad del niño. Si en los *Años de Aprendizaje* se declara por una educación puramente negativa en tanto que en los *Años de Viaje* hace intervenir una disciplina rigurosa de la actividad, es, probablemente, porque estima que, una vez que se han revelado las aptitudes particulares de los niños, sería absurdo no violentar el desarrollo de las mismas mediante la aplicación de reglas estrictas.

Pero es en la definición de un tercer carácter de la educación, o sea en su fin, donde la doctrina de Goethe se distingue de la de Rousseau. La posición de éste parece ambigua y se confrontan las diversas opiniones sobre la educación emitidas por Rousseau, ya en el *Emilio*, o en las *Consideraciones*. Pero el individualismo parece dominar en el *Emilio*. Emilio es educado solo por largo tiempo, lejos de toda sociedad: las necesidades de ésta no determinan el sistema de educación aplicado al niño, cuya principal preocupación es la de convertirse en un hombre completo. Por el contrario, en la *Provincia Pedagógica*, (10) los niños viven juntos desde temprana edad y la sociedad que forman no es sino la prefiguración de la sociedad en que entrarán más tarde. Esta educación colectiva es, pues, al mismo tiempo, una educación social. Así, el imperativo supremo no dirá: "Se un hombre", sino "Se útil".

Sobre este punto Goethe se ha mostrado siempre categórico y explícito: los muchachos, nos dice en las *Afinidades Electivas*, (11) deben ser educados para que se conviertan en buenos servidores, y las muchachas en madres, esto es, también en servidoras de la comunidad. Y en la obra que Goethe terminó pasados ya sus ochenta años, Fausto, que durante más de un siglo ha perseguido el placer, el amor, la ciencia y el dominio, puesto que muere siendo más que centenario, Fausto acaba por convencerse que no existe para un hombre más alta empresa que ponerse al servicio de sus semejantes, crear para ellos

(8) Durkheim: *Revista de Metafísica y de Moral*, 1919, y Vial: *La Doctrina de la educación de J. Rousseau*.

(9) *Años de Viaje*, p. 406-407. Charpentier, París. Traducción de Th. Gautier, hijo.

(10) *Años de Viaje*. Traducción de Th. Gautier. L. II, p. 227.

(11) *Poesía y Verdad*, p. 101, Charpentier. París, 1844.

nuevas oportunidades de vida feliz: esto sin ninguna preocupación de sí mismo, pues —dice Goethe, repitiendo la frase de un antiguo— "preocuparse por el resultado de las cosas, propio es del vulgo".

* * *

Pero ¿cómo alcanzar este propósito de la educación, a saber, el desarrollo a la vez libre y regulado de la naturaleza, para bien de la comunidad?

No por la instrucción pura y simple, por la instrucción libresca y verbalista, sino por la acción. La vida activa es más educadora, más rica en enseñanzas de toda suerte, que la vida contemplativa, y el hombre de acción es superior al hombre de puro pensamiento. Y es así cómo, en los comienzos de su vida de hombre y de escritor, Goethe, por boca de Fausto, convierte la gran frase: "En el comienzo era el Verbo", en esta otra: "En el comienzo era la Acción". En otros términos: *no basta ser, es preciso obrar y producir*.

Goethe insistió cien veces en las virtudes de la acción: intelectuales, pedagógicas, prácticas y morales.

Es la acción la que conduce todas las cosas a su punto, (12) y es por la acción como el hombre aprende a conocerse. (13) Pero es preciso tener cuidado de no separar la acción del pensamiento. "Quien toma como regla confrontar la acción con el pensamiento, y el pensamiento con la acción, no puede ser inducido a error, y si lo es, volverá a encontrar rápidamente su camino". (14)

De aquí una consecuencia pedagógica: que conviene dar preferencia —hablando en lenguaje moderno— a la escuela activa, la escuela activa en que el niño construye su saber, no la escuela pasiva, en que ya lo recibe hecho. De aquí, también, que Goethe repruebe la educación atrayente, la del principio de *Philanthropinisme*, de Basedow, la cual incurre en el error de facilitar exageradamente la tarea del niño y de reducir su parte de actividad. En la *Provincia Pedagógica*, Goethe exige que los alumnos comiencen por la agricultura y la ganadería, es decir, por los oficios u ocupaciones que demandan mayor actividad y esfuerzo.

La acción que así ilumina la inteligencia y representa en pedagogía un papel tan precioso, posee, además, un gran valor práctico. El aprendizaje de la vida se hace, no por lecciones, sino por la acción. "En la vida el todo está en obrar: que la juventud diga y haga lo que quiera, la vida no tardará en despojarla de sus falsas máximas". Esas experiencias, en el curso de una vida fértil en incidentes de toda naturaleza, son las que llevan a Fausto gradualmente a la supre-

(12) *Años de Aprendizaje*, tomo II, p. 60, Charpentier. Traducción de Th. Gautier.

(13) *Años de Viaje*, p. 421.

(14) *Años de Viaje*, p. 448.

ma sabiduría: no le llevan a ella las especulaciones filosóficas o científicas. Las experiencias de laboratorio y las meditaciones de gabinete no nos preparan para la vida, sólo consiguen rodearnos de fantasmas, de seres impotentes para obrar sobre la realidad, como este *Homunculus*, criatura artificial y efímera de Wagner, y personificación, en Fausto, del sabio de gabinete. Así, pues, "que tu vida sea la acción, la acción sin cesar". (15)

Por último, es la actividad la que nos da la medida del mérito del hombre. En una entrevista concedida a Eckermann, ya al fin de su vida, el anciano sublime, en un acto de fe panteísta, afirma que sólo tiene derecho a esperar que no morirá del todo quien haya sido más activo, más ardiente en el producir, en hacerse útil: por consiguiente, quien se haya identificado con la divina energía que traspasa al mundo, le sostiene y le anima. Y, poco más o menos por la misma época, en el *Fausto*, vuelve Goethe sobre el mismo asunto, cuando hace decir al coro de los espíritus: "a aquel cuya vida haya sido un esfuerzo perpetuo, a ese nosotros le salvaremos".

Toda la vida, toda la obra de Goethe es una constante exhortación al trabajo, al trabajo incansable, a la actividad ferviente y fecunda, gracias a la cual el hombre, turbado de ordinario por vanas especulaciones o por exigencias del amor propio, encuentra el equilibrio y la paz. "La acción es la fiesta del hombre".

Pero, ya Goethe nos lo ha dicho —esta actividad no ha de ser ocasional, sino dirigida. ¿Quiénes, por tanto, han de ser los artífices de una educación así comprendida?

Serán, naturalmente, técnicos que operen, no como el preceptor de *Emilio*, en una casi-soledad, sino en una vasta institución en donde tendrán cabida alumnos del origen más diverso. La familia, dice Goethe, no se halla capacitada para esta tarea que requiere cualidades especiales y preparación apropiada. (16) Es necesario, en efecto, que el maestro sepa mucho más de lo que tiene que enseñar, y que enseñe siguiendo un método progresivo en el que nada debe omitirse, pues, con los niños "es necesario principiar por el principio" (17) y marchar de lo conocido a lo desconocido, ya que cada uno ha de pasar por las mismas etapas que la especie humana ha recorrido. Es preciso, además, que el maestro sepa hacerse amar y esto sin mengua de su autoridad. "No se aprende sino de quien amamos". (18)

Ahora bien, los padres no tienen para esta obra de la educación las aptitudes necesarias (Goethe recuerda, sin gran entusiasmo, la educación recibida de sus padres): su saber es limitado, su autoridad, a menudo, despótica e incoherente: suelen cegarles los defectos y las cualidades de sus hijos.

(15) *Poesía y Verdad*, p. 11.

(16) *Afinidades Electivas*, p. 223-4.

(17) *Conversaciones con Eckermann*, tomo I, p. 152.

(18) *Años de Viaje*, p. 449.

Goethe concibió, fundado en todas estas razones, su utopía de la *Provincia Pedagógica*, a la cual Wilhelm Meister confía la educación de su hijo Félix. Los alumnos reciben en la *Provincia* una educación, a la vez extra-familiar y colectiva, que les prepara a la vida social. Existía en esto un precedente que Goethe seguía: el conde de Fellenberg, discípulo de Pestalozzi, había abierto en el campo (19) una institución para uso de los hijos de la aristocracia.

En la *Provincia Pedagógica* la cultura del espíritu va paralelamente con la del cuerpo y con las ocupaciones manuales. Se divide la provincia pedagógica en cuatro distritos, de los cuales cada uno queda dedicado al aprendizaje de un oficio o de una disciplina determinada: agricultura y ganadería —música, poesía lírica y danza— arquitectura, escultura, pintura y poesía épica, geología y minas. Los alumnos pueden, y aun deben, pasar de un distrito a otro, a fin de revelar sus aptitudes a los "vigilantes" que les observan. Viven todos ellos en comunidad, una especie de igualdad, ya que, opina Goethe, en la sociedad futura la distribución de los individuos por profesiones, ha de reemplazar cada vez más firmemente la distribución por clases sociales. Exacta y profunda previsión, que muestra hasta qué punto Goethe habíase adelantado a su época.

Penetremos en esta *Provincia Pedagógica* y veamos qué enseñanzas son las que se imparten en ella y con qué finalidad. Una cuestión fundamental se presenta desde luego: la del lugar que se les asigna a la *cultura general* o formal y a la *cultura profesional*, es decir, a la especialización.

En los *Años de Aprendizaje* el ideal de la educación parece ser puramente individualista. El héroe de la novela no tiende a adquirir más que una cultura general y aun universal (*allseitige Bildung*). (20) No ocurre lo mismo en los *Años de Viaje*. El ideal del individuo no ha de ser adquirir un desarrollo armoniosamente, sino más bien perfeccionar una aptitud determinada, de tal modo que quede capacitado para rendir mayor utilidad al cuerpo social. (21) Cultura restringida y de carácter técnico, o sea: la especialización, contra cultura general y formal. Uno de los personajes de los *Años de Viaje*, Jarno, no tiene sino sarcasmos sobre la cultura general "Vuestra cultura general, dice, y todas esas instituciones que habéis fundado para procurarla, son ridículas. Lo que importa es que un hombre posea debidamente ciertos conocimientos, que pueda ejecutar excelentemente una determinada obra. (21) To-

(19) Hofwyl en Suiza.

(20) En los *Años de Aprendizaje*, p. 255, leemos, sin embargo: "Cuando la educación del hombre ha llegado a cierto grado, es útil que haga el sacrificio de sí mismo, que aprenda a vivir por los demás, a olvidarse de sí mismo". Schiller aprobaba este paso de una educación formal e indeterminada hecha de generalidades superficiales, a una cultura más realista.

(21) "Nuestro siglo es de especialistas". *Años de Viaje*, p. 164.

da vida, toda acción, todo arte debe reposar sobre el oficio". Esta concepción de la educación hállase en oposición con la de Schiller, quien, en su sexta carta sobre la educación estética del hombre, deplora como una imperfección del Estado moderno que el individuo no pueda formar armoniosamente su personalidad, que deba limitarse a representar el papel de una simple pieza en la gran maquinaria.

La cultura general, sin embargo, no se halla totalmente ausente en la *Provincia Pedagógica*. En primer lugar, la plena posesión de un oficio requiere conocimientos extensos y variados. Por otra parte, si es verdad que la cultura general consiste más en fortalecer el espíritu y el juicio que en aumentar indefinidamente el saber positivo (en obtener una cabeza bien formada, mejor que una cabeza repleta), existen en el profundo aprendizaje de un oficio virtudes formativas del espíritu que son absolutamente preciosas. "Saber bien y hacer bien una cosa, dice Goethe, procura más alto desarrollo que hacer a medias una multitud de cosas." Y en otra parte: "Lo más cuerdo es consagrarse a un solo oficio. Para los espíritus limitados esto será siempre un oficio: para los espíritus elevados, será un arte. El inteligente, haciendo una sola cosa, hará todo, o, para expresarme de manera menos paradójica, encontrará en esta única cosa que hace bien la imagen de todo lo que se hace bien". (22) Preséntanos aquí una concepción de la cultura muy próxima a la que formulara más tarde Proudhon, que tuvo también la idea clara de una *cultura del espíritu fundada en el aprendizaje del oficio*. Conviene añadir, además, que el alumno no se halla nunca completamente encerrado en su especialidad; sale de ella, al asociar a su oficio una disciplina intelectual (las lenguas vivas, por ejemplo, se hallan asociadas a la agricultura y a la ganadería), y, por último, los alumnos que pertenecen a diferentes especialidades, mantienen entre sí un comercio constante.

De esta concepción resulta una consecuencia importante: toda la enseñanza debe descansar sobre el *trabajo manual*. Es por esto por lo que los alumnos principian por ejercicios prácticos de agricultura, los cuales Goethe, al igual que Rousseau y Pestalozzi, juzga ser los más educativos de todos. Aun para las muchachas, lo más saliente de su educación ha de ser de orden práctico, y la enseñanza doméstica debe tener el mayor sitio. (23) Goethe, que al igual que Rousseau no concibe la igualdad del hombre y la mujer, estima que es necesario cultivar en ésta las facultades morales, de preferencia a las intelectuales.

Hay más: la importancia pedagógica y social concedida al trabajo manual conduce a Goethe a una rehabilitación del oficio, que contrasta con la opinión dominante. Artesanos y artistas son puestos en el mismo plano y también intelectuales y manuales. El discípulo de Rousseau aprende ebanistería, es cierto, pero más que nada como un se-

guro contra los accidentes de la vida. Para Goethe el aprendizaje del oficio tiene muy diferente alcance: posee no solamente una virtud educadora, sino que permite, además, a cada individuo cumplir el máximo de su función social. Los *Años de Viaje* se inician con un idilio sobre el oficio: Goethe presenta aquí, bajo el nombre de San José II, a un artesano que lleva en medio de los suyos una vida feliz, santificada por el amor al oficio. (24) Es preciso reconocer que la institución al servicio social, a la cual todos en Alemania se hallan sometidos, aun los candidatos a la enseñanza superior, procede de esta ocupación de mezclar las clases sociales y de elevar la dignidad del trabajo manual, en particular las labores campesinas.

El origen de esta concepción *socialista* de la cultura, hay que buscarlo en Goethe, en su experiencia de la vida: gustaba él frecuentar el trato de los artesanos de su barrio; y, en el curso de su viaje a Italia, nos deja ver en sus cartas que se interesaba vivamente por todos los oficios.

Su concepción de la cultura hay que derivarla, asimismo, de su marcada afición, ya al final de su vida, por los estudios sociales: Goethe seguía entonces con atención los trabajos de Saint-Simon, Owen, Bentham, así como las transformaciones que venían operándose bajo sus ojos en una sociedad cuyo carácter industrial se acentuaba día por día y que requería más que técnicos y especialistas, espíritus especulativos. "El tiempo de la especulación estética ha pasado ya —dice una vez—; la necesidad implacable y la miseria, solicitarán en lo de adelante nuestra atención".

Pero esta concepción de la cultura no se encuentra simplemente ligada a estos accidentes y a estas contingencias: se deriva también de uno de los principios fundamentales de la sabiduría de Goethe: el *principio de renunciación*.

Domina este punto toda su moral. Es una necesidad moral limitarse, renunciar a satisfacer todas las aspiraciones de nuestra naturaleza, ya sea porque las tentativas para lograr tales satisfacciones engendran inquietud y desorden, ya porque nos ponen en oposición con los otros hombres. Goethe aprendió, en el curso de su larga existencia, que es peligroso perderse en ensueños y en especulaciones interminables; que es preciso estar en guardia contra la hipertrofia del yo y que lo más cuerdo es trabajar en un dominio determinado, explotar un rinconcito de lo real, someterse al deber de todos los días, todo lo cual exige el saber renunciar a ambiciones demasiado amplias. (25) Este principio está en juego tanto en el *Fausto* como en los *Años de Viaje*. Después de muchas experiencias llevadas a cabo en todos sentidos, Fausto decide limitarse a una actividad puramente social y altruística: decide ser ingeniero; en cuanto a Wilhelm Meister, que tendía a no sabemos qué

(24) Goethe estima que no se debe enseñar a la mujer más que lo que le es útil.

(25) En una carta a la señora de Stein, Goethe escribe que "el artesano es el hombre más dichoso".

(22) *Años de Viaje*, p. 443.

(23) *Años de Viaje*, p. 164-165.

ideal de cultura personal, desinteresado y estético, decide hacerse cirujano.

He aquí cómo se justifica esta degradación del ideal de la cultura, o mejor, esta evolución: que la de una cultura universal conduce a una cultura especializada y netamente orientada hacia el servicio de la comunidad.

Réstanos únicamente, para completar nuestro conocimiento de las enseñanzas impartidas en la *Provincia Pedagógica*, examinar cómo sería impartido el aprendizaje de las diversas disciplinas:

La educación física, la *historia* y la *geografía* ocupan en la Provincia un rango secundario, cosa que también ocurre en las *matemáticas*. Goethe nunca sintió inclinación por estas ciencias: les reprochaba su carácter abstracto y su alejamiento de la vida (26) (singular aberración de un alto espíritu). El *canto* y la *música*, por el contrario, desempeñan un papel importante: por su mediación es como la mayoría de los conocimientos penetran en la conciencia del alumno: (27) así la religión, la moral, la lengua materna, y hasta la geometría y la aritmética, que participan de la idea de medida que implica la música. De la misma manera las *lenguas vivas* alcanzan el favor de Goethe porque, además de su gran utilidad práctica, poseen la de proporcionar un medio de penetración en espíritus y costumbres que no nos son familiares, y de preparar, de tal manera, este espíritu cosmopolita que era el *clima* natural de Goethe. Pero, para que pudiesen las lenguas vivas alcanzar estas finalidades, estimaba Goethe que debían ser objeto de una enseñanza según el método directo. (Aun de las lenguas muertas exigía Goethe que fuesen habladas).

La doctrina pedagógica de Goethe implica una educación moral y una educación religiosa.

La moral práctica, concerniente a los *deberes personales*, consiste en algunas reglas inspiradas por los dos grandes principios goethianos: la religión de la acción y el renunciamiento. Mostrarse moderado en la búsqueda de los placeres permite desplegar, por el contrario, en la realización de los deberes, una actividad sin descanso, pero siempre sujeta a orden y disciplina. Ante todo sentir respeto por el tiempo. Por todas partes los relojes están recordándonos el transcurso fatal de las horas.

Muy atrevida es su concepción de la moral práctica que se relaciona con los *deberes sociales*; Goethe habla de la propiedad, con extraña libertad de espíritu. Es la propiedad, dice, una fuente de virtudes y de cualidades de que aprovecha la comunidad; pero también opone numerosos obstáculos a las medidas que tienden al bien general. Por cuanto a la patria y el patriotismo, Goethe los acepta como hechos históricos no desprovistos de valor moral; pero muéstrase muy lejos de

(26) No se admira uno desde luego de que los *Años de Viaje* lleven como subtítulo "Los Renunciantes".

(27) Por la misma razón le repugnaban las colecciones de plantas o animales muertos, "cementeros de momias".

todo chauvinismo. El deber máximo del hombre, dice, es saber ser útil a sí mismo y a todos en todo lugar sin limitación de patria. Aún más, se diría que, al final de los *Años de Viaje*, llega Goethe a soñar en una sociedad cosmopolita (*Weltbund*) compuesta de hombres aplicados únicamente a promover el bienestar de los otros hombres.

La *moral general* no se distingue de la religión. Esta, efectivamente, no implica ningún culto ni ninguna práctica—los ejercicios religiosos parecían a Goethe sin ningún valor, a causa de su regularidad mecánica—. La religión consiste en enseñar el respeto debido a lo que está por encima de nosotros (religión general, religión universal); a nuestros semejantes (religión filosófica), a los seres y a las cosas más humildes. (Véase aquí la huella del cristianismo). Por esta triple vía, la religión conduce al respeto de sí propio o, más exactamente, el respeto de lo que en nosotros representa lo divino, que en el hombre encuentra su más alta expresión. De esta manera, la religión viene a sernos presentada como un recurso de la moral, que reposa, en último término, sobre el respeto, "sentimiento esencial para que el hombre sea hombre en todos sus aspectos".

* * *

Tales son las principales tesis de Goethe sobre la educación. Forzosamente implican una dosis de utopía, pues precisar en toda su pureza un ideal, ya sea político, moral o pedagógico, exige la hipótesis de un mundo separado de lo real, lo que es siempre imperfecto. Pero hecha esta salvedad, ¡cuántas concepciones perduran en este sistema goethiano!

La escuela, en tanto que imagen de la sociedad, es, más aun que la familia, el medio educativo por excelencia. Basta para ello con que disponga de todos los medios de cultura: intelectuales, físicos, técnicos.

La moral se superpone a la religión y debe enseñar antes que nada el respeto al hombre, es decir, a nosotros mismos y a nuestros semejantes. La educación debe tender a formar hombres de acción. Pero téngase bien en cuenta: si Goethe proclama el primado de la acción, no se trata aquí de una acción ciega, sino de una actividad intensamente unida al pensamiento, que es quien da la orden y proporción a la materia de la acción. Tanto como obrar es, pues, preciso pensar. Pero la acción útil es la acción productiva, conforme a una técnica; es el oficio, es el trabajo manual que Goethe rehabilita en contra del desprecio tradicional de origen antiguo y burgués.

Finalmente, la educación que Goethe pretende instaurar en la *Provincia Pedagógica*, es una educación adaptada a una sociedad que se halle despojada de las contingencias históricas y de la tradición, es decir, a una sociedad ampliamente humana, y por encima de las particularidades de nacionalidad y de raza.

El ideal social y moral de Goethe, a cuya realización debe preparar su sistema de educación, es Fausto quien lo formula al final de su gran poema dramático. "Vivir en un país libre entre hombres libres". Aquí Goethe se sitúa notablemente por encima de su tiempo y aun por encima de la Alemania actual. En cambio está cerca del espíritu y del corazón de todos aquellos que, aunque sinceramente apegados a un país, no desesperan de obtener algún día la sociedad cosmopolita en que soñaba Goethe al final de su vida.

(*La Revue Pédagogique*. París).

Discurso del Doctor Gregorio Marañón

En el Acto Académico realizado recientemente en su honor por el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social de Montevideo, Uruguay.

MI VIDA ES AMOR A ESPAÑA

NO atino, amigos míos, con la palabra o con el gesto eficaz para transmitirlo la realidad desnuda de mi agradecimiento. Se lo que significa vuestra bondad; quisiera que supieseis, también, el sentido de mi gratitud. Desde que recibí el telegrama de vuestro Ministro de Salud Pública hasta hoy en que, en esta solemnidad, me rodean, a su lado, tantos rostros amigos, he tenido la sensación inequívoca de que vuestros brazos abiertos eran el símbolo lleno de delicadas veladuras de vuestra comprensión, nada más que de esto, de vuestra comprensión, elevada y sin partidismos, ante el drama terrible y fecundo de España. Si la invitación vuestra se hubiera dirigido a un amigo, ni el doctor Mussio Fournier me la hubiera hecho ni yo hubiera dejado para venir a decirlo todo esto, aquello de lo que nunca se desprenden los hombres más que en momentos solemnes de su vida: de su propio corazón. Pero sé que la amistad de mi ilustre colega vibró hacia mí, precisamente, porque sabía que, al margen de lo que se llaman ideas, mi vida entera es amor a España, servicio de España, sacrificio por España, mi vida que no son sólo aciertos sino también profundos errores; pero amasados siempre con el mismo fermento de fervor nacional. Y sabía también que mi amor a España no es simple apego al terruño sino emoción racial, sentido de responsabilidad común—la vuestra de raza orientada hacia el futuro y la nuestra, cargada de tra-

dición;—y fe en el destino de los pueblos que están unidos por el lazo solemne del Verbo.

VUESTRA TEMPLADA CORDIALIDAD

Por todo ello me habéis acogido con esta templada cordialidad familiar, de fuego que arde en la chimenea del cuarto preferido; que apenas nos acoge, nos llena ya de todas las intimidades y nos alivia de todos los recuerdos. Yo sabía de vuestra bondad, de vuestra gracia para saber ser buenos, que es la etapa última y más fácil de la bondad.

Lo sabía por vuestra fama; pero también, directamente, por los muchachos uruguayos que la suerte ha puesto cerca de mi camino. Permitidme que recuerde ante todos, a aquel doctor Mussio Fournier, amigo fraternal de los años mozos que no pensaba en ser Ministro o que si lo pensaba no lo quería decir. Bastaron unos días de vida común para que echara sus raíces esta amistad que el destino ha permitido que él, sin duda porque lo merece más que yo, haya podido demostrarme con tanta efusión y con tanta delicadeza. Era ya entonces estudiante de todo lo que su curiosidad le sugería en su incesante ir y venir por los centros científicos de Europa: lleno de ímpetu ante los problemas nuevos y, a la vez, de mesurada crítica. Alma, desde que fué estudiante, de maestro. Le ví alejarse de entre nosotros como un barco, con las velas infladas, que ha puesto la proa segura hacia la fama. Pero hasta que se fué no me di cuenta—porque eso sólo se conoce en la estela que el hombre deja cuando ha desaparecido—de que aun mayor que su precoz maestría era su bondad; bondad llena de dimensiones insospechadas, como todas las virtudes que no son estrictamente individuales, sino parte de las virtudes de los pueblos. En la bondad de Mussio Fournier aprendí, por vez primera la bondad del alma uruguaya; todo lo que tiene de noble, de fundamentalmente aristócrata. Y no fué sólo predilección de mi espíritu, paralelo al suyo en la edad y en las aficiones que por entonces eran un tanto atrevidas y tenían muy poco ambiente. En todas partes, ha dejado el mismo rastro de admiración y de buen amor, puedo decirlo que hace muy pocos días, cuando me despedía de mis amigos de París, en hospitales, en laboratorios, en academias, no hubo ni un solo adiós que no viniese acompañado del recuerdo para el antiguo estudiante uruguayo que hoy al cabo de los años sigue siendo actual en la memoria y en la estimación de todos, tanto por la madurez fecunda de su obra como por el pasado imborrable de su bondad.

Aún tengo que pedir al amigo de siempre que sea embajador ante los demás miembros de este Gobierno, ante su ilustre Presidente, de la profunda gratitud que hoy me llena el corazón.

EL CIELO EN EL POZO

Unas palabras para don Carlos Reyles. ¡Con cuánta alegría pongo ante su nombre este *Don* sonoro que precede, no como una fórmula, sino